

EL VALLE DEL CAUCA EN LA GEOGRAFIA DE COLOMBIA

Por: MANUEL JOSE FORERO.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 59, Volumen XVI
Tercer Trimestre de 1958*

Derivación del antiguo Cauca y, por consiguiente, heredero de sus espléndidas cualidades geográficas, es el Departamento del Valle. Geográficamente hablando, el Valle está comprendido entre las cordilleras central y occidental; una parte de su territorio está bañado por el océano Pacífico y recibe el beneficio de la navegación marítima a través de las bahías de Málaga y de Buenaventura.

Tiene el Departamento del Valle ciudades ricas y diligentes, en extraordinaria proporción, y ve prosperar en urgidos términos poblaciones menores hasta hace pocos años. Su capital, Cali, es una de las mayores de Colombia, y ofrece -dentro de sus circunstancias cálidas- una manifestación elocuente de lo que vale el esfuerzo de quienes son sus hijos por naturaleza o por adopción.

La ciudad del occidente colombiano que en el decenio primero del siglo 20 contaba apenas treinta mil habitantes, prosperó tan largamente que llegó al año de 1951 con cerca de doscientos cincuenta mil. Este caso demuestra cómo las cualidades geográficas determinaron un desarrollo sorprendente, así en los haberes de quienes tienen vinculada larga tradición a su suelo, como en el movimiento inmigratorio vinculado a su recinto generoso.

A principios de la centuria actual la ciudad de Cali era apenas capital de la provincia del mismo nombre, dentro del vastísimo Departamento del Cauca. Hoyes capital de un Departamento aprestigiado por riquezas innúmeras en el orden material y moral. Durante el siglo pasado Cali apenas logró adelantos menores, como ocurrió a tantas ciudades del inmenso territorio de Colombia durante el mismo lapso.

Hoy es resumen de actividad, emporio de esfuerzo, asiento de empresas de todo género, foco de comerciales empeños, núcleo de propósitos intelectuales.

La pequeña ciudad de comienzos de nuestra época estaba contenta en su reducida extensión, en una de las opulentas laderas de la cordillera occidental colombiana, y no se miraba sino en el espejo de las aguas del río Cali, siempre apacibles y francas. Lentamente empezó a moverse en todas direcciones, agitada por el espíritu de quienes la habían hecho hogar de sus hogares y sede atractiva de su amor al terruño. A partir de ese instante aseguró su porvenir.

La altura a 1.003 metros sobre el nivel marino fijó sus cualidades como territorio caluroso, un tanto suavizado en ocasiones por la presencia de vientos favorables. La temperatura de 23 grados dio a Cali una fisonomía semejante a las poblaciones fundadas en el Valle del Cauca en los días atormentados de las primeras conquistas, como Buga o Cartago; pero su posición sobre las potentes garras de la cordillera del occidente, en comarca tan accesible como fecunda, determinó para ella una cierta preeminencia fundada en dones que la naturaleza física le señaló con abundancia.

Porque fue lugar bueno para las labores españolas deseosas de acrecentar la agricultura y la minería, al lado de los rostros blancos de los señores se multiplicaron los de aquellos hijos del Africa a cuyo esfuerzo vigoroso confiaron los antiguos encomenderos la esperanza de la tierra patricia. Porque fue sitio ameno y agradable no vacilaron en echar raíces, a su amparo, familias numerosas y tituladas cuyo primer blasón fue antaño el acatamiento a los monarcas, y, más adelante, el amor a la majestad de la república.

Tuvo Cali grande fortuna en lo tocante a obras arquitectónicas mayores, como tiene ahora mucha suerte en construcciones modernas cuya capacidad y buenas líneas demuestran el recio empuje ciudadano. Para los antiguos viajeros, durante el siglo pasado, como para los actuales, el panorama de la planicie caleña contiene facetas de hermosura natural no comparables. El Valle del Cauca es, por sí mismo, sitio en donde se encuentran reunidas cosas bellas que en otros lugares del suelo colombiano están dispersas. Y estos campos de Cali, bañados por un sol potente, regados por aguas inquietas y puras, sombreados por árboles abundosos, vestidos de yerba rica y aromada, ponderan asimismo, los caudales que Dios puso allí al alcance de los hombres infatigados.

La mano española construyó sobre el río Cali un puente de muchos arcos, según los antiquísimos ejemplos de la arquitectura de tal naturaleza en las provincias de la Península. El hábil rector de la obra, no menos que los obreros empleados para concluirla, dejaron en cada uno de sus detalles una

demostración exquisita de buen gusto y de feliz semejanza con los modelos diestramente conocidos por algunos en Segovia o en Burgos. También artistas de olvidado nombre dotaron a Cali con un monumento digno de admiración y laude: la torre mudéjar de San Francisco. La arrogancia de su porte, el orgullo de su mirada, la eficaz contribución de las líneas al desarrollo firme del conjunto, la rareza misma de su fisonomía, todo, en una palabra, contribuye a hacer de ella una joya prendida sobre el pecho de la ciudad con fino broche.

Hace algunos años escribió sobre la tierra caucana el poeta Alberto Carvajal: «El Valle, el viejo y dulce amigo, aparecía de nuevo con sus sabanas de esmeralda, guarnecidas por los encajes azules de las montañas distantes. Ante mis ojos se tendía su planicie seductora en donde alterna, con el gris de las cabañas y el vario color de los ganados, el amarillo de los caminos que se pierden a lo lejos ... Siempre al tender la mirada por el Valle he buscado, en una falda que se desliza suavemente sobre el llano, un punto blanco que señala el escenario de un amor inmortalizado por la leyenda, y que ha hecho vagar por sus contornos tantos ensueños peregrinos desde que María lo llenó con su alma pudorosa y ardiente .. Aún blanquea como una nébula vaga, ese punto lejano sobre las colinas iluminadas de la sierra distante ... ».

Cali se adorna con el monumento consagrado a la gloria de Jorge Isaacs, en el cual figuran las inolvidables imágenes de Efraín y María, pertenecientes hoy a la literatura hispanoamericana más ilustre. De esta suerte, si los tiempos más antiguos de la ciudad pueden ser evocados a través de las páginas de don Eustaquio Palacios, los días bucólicos de la patria pueden ser gustados en el idilio de «María».

Desde el punto de vista de las grandes adquisiciones modernas, Cali tuvo razón en aguardar con impaciencia vigilante la realización del Ferrocarril del Pacífico. Parte muy considerable de su adelanto puede ser explicado gracias a esta ferrovía dilatada, que pone en comunicación a todos los sitios de importancia poseedores de significación mayor para el occidente colombiano. Las poderosas industrias caleñas de todo género, el impulso mercantil incontrastable, la concurrencia de gentes de todo el país, son resultado del ir y venir de las gigantescas locomotoras bajo este cielo azul y sobre esta campiña que se asoma a Cali con amoroso empeño.

* * *

En la capital de lo que políticamente es denominado Departamento del Valle hay tal cantidad de recursos comerciales, intelectuales y artísticos, como apenas pueden concebirlos quienes no han

entrado a su conversación con detenimiento sosegado. Para los viajeros afanosos, Cali es apenas localidad colmada de ventajas producidas por la habilidad del hombre moderno; en cambio, para los mejores visitantes resulta núcleo de estudio, de fe cristiana laboriosa, de amor a Colombia. Pensando en ella van a toda hora los señores de la ciudad y sus hermosas compañeras, el magistrado y el científico, el estudiante y el obrero diligente. Blancos y pardos, herederos de los tiempos antiguos del occidente y de los primeros días del paso de Belalcázar, siguen congregándose al abrigo de sus potentes muros y elaborando en paz el futuro de aquélla tierra de promisión.

En la correspondencia del Libertador publicada recientemente por el ilustre historiador venezolano Don Vicente Lecuna hay una" carta relacionada con la ciudad de Cali, cuyo contenido significa justísimo y grande elogio para ella:

«A la ilustre municipalidad de Cali: Las expresiones del oficio de vuestras señorías de 16 de enero próximo pasado (decía el Libertador el 8 de marzo de 1821) me honran mucho más de lo que yo merezco. Yo las aprecio altamente, y doy las más debidas gracias por el concepto que esa ilustre municipalidad ha formado de mí confundiendo tal vez los sentimientos que produce el entusiasmo de la libertad con los que pueden merecer los esfuerzos de un hombre consagrado a ella, pero que de ningún modo posee las eminentes cualidades que vuestras señorías le conceden».

Y continuaba diciendo: «Yo me lisonjeaba ciertamente con la esperanza de visitar esa provincia, pero mi marcha fue interrumpida por el arribo de los comisionados por el gobierno español que traían proposiciones de paz, objeto que me pareció en estas circunstancias de una importancia preferible a cualquier otro. Acepto sinembargo con satisfacción las disposiciones que esa ilustre municipalidad tomaba para manifestar el grado de aprecio que hace de mi pequeñez ... Acepten vuestras señorías mis sentimientos de gratitud y consideración y los más fervientes votos por la felicidad de vuestras señorías y del pueblo que representan».

La contribución de Cali a la independencia nacional es igualmente notable en la cantidad y la calidad. Patricios de sabia personalidad presidieron los actos iniciales de la revolución contra las instituciones españolas; y soldados tan sufridos como tenaces engrosaron los ejércitos del sur de Colombia.

Tales ejércitos, bien lo sabemos, no solamente defendieron la libertad de la Nueva Granada sino que se trasladaron a Quito y a Lima con el propósito de sostener en tales provincias el ánimo propicio y combatir el desaliento fatal. Cali había sido cofre de amor a los reyes durante la dominación española;

pero en el momento mismo en que se decidió por la determinación libre de los pueblos no vaciló en ir al combate para sostener el eximio propósito.

La formación de un Consejo que con el título de Junta Provisional de Gobierno de las ciudades amigas del Valle del Cauca, fue resuelto en la sala consistorial de Cali el 1° de febrero de 1811, ofrece materia suficiente para el estudio y abundante para el elogio republicano.

Tales ciudades confederadas fueron Cali, Anserma, Buga, Cartago, Caloto y Toro.

Dicho Consejo de las seis ciudades confederadas del Valle del Cauca debió urgentemente proveer a la lucha contra el gobernador de Popayán, Don Miguel Tacón, empeñado en sostener su señorío a pesar de los acontecimientos registrados en Santafé el 20 de julio y el 15 de agosto de 1810.

Recordemos que en la segunda de tales" fechas partieron de la capital del virreinato extinguido, rumbo a España, el Virrey don Antonio Amar y la Virreina, doña Francisca Villanova.

Igualmente fue necesario a los organizadores del Consejo de Gobierno proveer al sostenimiento de la soberanía de Fernando Séptimo, no obstante hallarse prisionero de los franceses; lo cual manifiesta y declara el amor de los granadinos de Cali hacia el hijo de Carlos Cuarto; a pesar de las equivocaciones de su conducta y de la pequeñez de su carácter.

El día 1° de febrero de 1811 los congregados vocales prestaron juramento ante el alcalde, en el sentido de ratificar la defensa de la religión católica, apostólica, romana, amenazada por los invasores franceses; la soberanía del señor don Fernando; y la conservación de la provincia bajo su dominio supremo.

Los próceres José María Cabal, Joaquín Fernández de Soto, Fray José Joaquín Meléndez, José María de Cuero, Fray José Joaquín Escobar, y el doctor Joaquín de Cayzedo y Cuero, juraron con solemnidad lo dicho y recibieron el acatamiento público de los concurrentes.

Ordenaron, además, diversas manifestaciones de regocijo para entendimiento del pueblo, y un acto especialísimo de acción de gracias a Dios, los firmantes del Acta mencionada. Otros nombres de personajes allí presentes han de hallar cabida en esta página; ellos fueron : José Borrero, José Antonio Borrero, Francisco Antonio Fernández de Córdoba, Ildefonso Núñez, Francisco Molina Rendón, Juan Antonio de Dorronsoro, Francisco Antonio Pérez, Nicolás del Campo, Cristóbal de Cayzedo, Gregorio

Camacho, Fray Ignacio Monroy, Fray José Ignacio Ortiz, Fray Manuel Palacios, Fray Pedro de Herrera, Fray Hipólito Garzón, Juan Ignacio Montalvo, José María Mallarino ...

El 3 de febrero los miembros de la Junta de Gobierno de las ciudades confederadas del Valle del Cauca nombraron por titular y patrona de la Junta a la Virgen Santísima en su advocación de las Mercedes, «eligiéndola al mismo tiempo por Capitana de nuestras tropas».

Para estimar en su justa importancia los actos efectuados por los patriotas de Cali entonces, resulta indispensable observar que ellos desconocieron prontamente la soberanía de la Regencia española, residente en Cádiz. Mientras algunas ciudades de la Nueva Granada insistían en declararse fieles a Fernando, manteniendo la adhesión a los regentes, la ciudad de Cali dio ejemplo de virilidad y de firmeza.

Sobre la regencia de Cádiz declararon los gobernantes patriotas de Cali en la fecha citada, que ella «ha pretendido usurparse la soberanía del señor don Fernando Séptimo y la que tienen todos los pueblos libres para elegir la forma de su gobierno».

Esta doctrina fue preconizada por los precursores de la independencia colombiana.

Esta doctrina repetimos, consistente en no reconocer a los miembros del Consejo de Regencia de Cádiz, sino en auspiciar la constitución de un gobierno granadino representante de los hijos del país, fue preconizada por los precursores de la independencia colombiana desde la fecha más remota de sus anales y escrita con pluma de maestro por el payanés Camilo Torres en páginas que la historia ha recogido con veneración.

Se llenaron de estruendos guerreros las calles y plazas de Cali en el largo espacio de la guerra, pues ella no quedó comprendida solamente para la Nueva Granada dentro de los lindes de 1810 y 1816, sino desde la proclamación de la independencia de Santafé hasta el vencimiento absoluto de los patriotas sobre los españoles en Ayacucho. Atendieron entonces los caleños, hombro a hombro con sus hermanos de Popayán y Antioquia, de Pamplona, de Neiva y de Tunja, a la liberación de Venezuela, del Ecuador, del Perú y de Bolivia. Los clarines colombianos llevaron a todos los montes y valles de Quito y su rugosa comarca, y de Lima en las planicies, llanuras y montañas del distrito virreinal, la certidumbre de la libertad sin zozobras. La brega fue terrible, en verdad; pero al concluir colmó de laureles al Libertador y a quienes iban detrás de su caballo de batalla.

Una vez concluida la faena militar que está resumida en los nombres de Carabobo, para Venezuela; de Bomboná y Pichincha, para el Ecuador; de Junín y Ayacucho, para el Perú y Bolivia; una vez arrasado desde los cimientos el torreón del imperio peninsular en el Nuevo Mundo, llegó sobre el Valle del Cauca y sobre Cali una gran paz y un gran silencio, como compensación de tantos años de tormenta bélica.

La reconstitución del organismo granadino fue larga y lenta, así como fue dilatada y vehemente en todos los órdenes de la vida social la faena colectiva en favor de la independencia de Sur América. No es preciso acudir a las cifras numéricas para encarecer con propiedad lo que significó el esfuerzo del occidente y del sur de Colombia (sobre los cuales hablamos ahora), en el esfuerzo reconstructor de las provincias colombianas.

* * *

En el territorio del Valle del Cauca se habían multiplicado los caseríos, aldeas y poblaciones mayores sin dificultad alguna, a través de los años del coloniaje y de los anteriores de manera inmediata a la independencia. Con posterioridad a esa fecha gloriosa, el crecimiento de tales núcleos se hizo cada vez más firme y potente.

Hoy forman el tesoro geográfico del Valle del Cauca ciudades y poblaciones de ponderada calidad, cuyos nombres dicen mucho a los hijos de aquel Departamento e inspiran ideas de solidaridad nacional a los que nacimos fuera de los límites de tan opulenta región colombiana. Ansermanuevo y Cartago, en el punto de contacto con el Departamento de Caldas, son lugares de actividad suma y de confluencia viva; Obando, Toro y Versalles, así como La Victoria, Zarzal y Roldanillo, constituyen desde hace muchas décadas de años lugares propicios al intercambio comercial interior, derivado de sus posibilidades agrícolas y ganaderas; Bolívar, Sevilla, Calcedonia y Morillo son sitios riquísimos y abundantes: singularmente Sevilla adquiere cada vez mayores recursos que le señalan importancia en el porvenir.

Bugalagrande, Andalucía y Tuluá tienen grandes dotes en su haber geográfico, humano e histórico; Buga y Palmira nos permitirían escribir largamente sobre su pasado, su hoy y su mañana. Guacarí, Pradera y La Florida resumen muchos bienes dentro de los vastos recursos agrícolas y ganaderos del Valle del Cauca.

* * *

Sobre Cartago escribió hace algunos años una reposada pluma: «Por su posición geográfica, por la bondad de su clima, por su riqueza agrícola y pecuaria, por la trascendencia histórica y por el presente próspero de su ciudad capital, es el municipio de Cartago uno de los más importantes del país. En sus

orígenes poseyó un vasto territorio, segregado después por *ordenanzas* que no fueron bien consultadas, ni puestas en armonía con las necesidades de las regiones interesadas. Su área actual no pasa de 160 kilómetros cuadrados, pero no tiene un palmo de tierra improductivo por estéril o por desidia de sus dueños. Hermosas haciendas, donde pacen ganados que surten las plazas del vecino Departamento de Caldas, y numerosas fincas agrícolas en las orillas del Cauca, o en las regiones montañosas, son fuentes inagotables de riqueza y de bienestar. Su población aproximada es de 21.000 habitantes. Su presupuesto anual asciende a la suma de \$ 104.000 y el recaudo de sus rentas en efectivo en la mayor parte de sus renglones, y si alguno deja de producir lo calculado, la pérdida se compensa con los sobreproductos que generalmente arrojan los demás, Desde el punto de vista del apoyo a la instrucción pública, ocupa el municipio de Cartago el segundo lugar en el Departamento. Sostiene 17 escuelas, 6 urbanas y 11 rurales, con una asistencia ordinaria de 1.000 alumnos, y un colegio de señoritas, regentado por las reverendas Madres Franciscanas desde 1911, y considerado en su género como el mejor del Departamento, y uno de los más afamados de todo el país ... Este colegio tiene anexo un jardín infantil.

«Aunque no es costeadado por el municipio figura entre los institutos que le dan lustre a su ciudad capital el colegio de varones o Colegio Académico, fundado en 1839 por Don José Ignacio de Márquez. Posee dicho establecimiento magnífico edificio y está dotado de los elementos materiales más modernos para la enseñanza, tales como museo, laboratorio de química, gabinete de física, biblioteca, taller y estación radio difusora experimental. Está cruzado por los ferrocarriles del Pacífico y de Caldas, por la carretera .central del Valle, que aquí se une con la que sigue a Pereira y Manizales, en el Departamento de Caldas; por la de Alcalá, y por la que se construye hacia Nóvita en la antigua Intendencia y actual Departamento del Chocó, lo mismo que por numerosos caminos. Al campo de aterrizaje llegan diariamente pasajeros en los aviones. .. además de los oficiales que viajan en las naves aéreas del gobierno nacional». En estos términos un autorizado geógrafo y expositor, de Bogotá, se refiere a tan laborioso municipio del Valle del Cauca.

Y continúa: «La ciudad de Cartago, cabecera del municipio, fundada en 1540 por el mariscal Don Jorge Robledo, en el sitio que hoy ocupa Pereira, y trasladada más tarde, en 1691, a las orillas del río de La Vieja, ya está llegando en punto de progreso al grado que le corresponde, de acuerdo con su edad, y tiene un porvenir asegurado por los mandatos perentorios de la geografía. Su área poblada es de 280 hectáreas, sus calles son rectas, amplias, muy bien pavimentadas, algunas empedradas, encamellonadas las otras, y casi todas provistas del servicio de alcantarillado. La red de acueducto y la de luz y energía eléctricas, se extienden a todos los extremos, y la del alumbrado está extendida sin postes en cómoda y moderna distribución. A ésta se agrega la red telefónica de servicio particular y

que pone en comunicación a Cartago con otras ciudades y pueblos, y la telegráfica, que está de acuerdo con su importancia de cruce forzoso. Muchos de los edificios de la ciudad son de estructura colonial, y entre ellos la casa del Virrey, célebre mansión denominada así impropriamente y considerada como una de las joyas más preciosas de la colonia. .. Al lado de estas reliquias evocadoras de un pasado glorioso, se alzan edificios de construcción moderna, elegantes y cómodos, y numerosas viviendas de estilo común; la característica más atrayente de la ciudad es todavía su aspecto rancio, que sugiere al espíritu deliciosas evocaciones. Entre sus obras nuevas se cuentan sus tres parques, de los cuales hay uno, el de Bolívar, en cuyo centro se levanta la conocida estatua (réplica) de Bolívar de Tenerani, y que sostiene el parangón con los mejores de su clase en la república, según el concepto de los visitantes de gusto que a diario llegan a Cartago.

«Al pie de la ciudad corre el río de La Vieja, el más hermoso de todos los ríos, al decir del poeta, de aguas saludables y profundas, y de peces sabrosos, cruzado por tres puentes magníficos, colgante el uno y rígidos los otros, sobre las vías que conducen a Caldas y a la región vallecaucana de Alcalá. A menos de una legua está el río Cauca, sobre el cual se alza, en la carretera que se construye hacia Nóvita, en el Chocó, un puente de proporciones gigantescas, erigido por el Departamento del Valle, con un costo de cerca de quinientos mil pesos, y bautizado con el nombre de- Roberto Delgado, en honor de uno de los hijos ilustres de Cartago. Ha sido esta ciudad madre fecunda de eminentes varones y nodriza afortunada de hombres laboriosos e inteligentes. En la colonia, en la independencia y en la república, es decir, en todas las épocas históricas de la nacionalidad, llevó a los hechos más notables el concurso de sus hijos insignes. Su suelo propicio a mil actividades está poblado de innumerables inmigrantes llegados de las más remotas regiones. Por eso y por su posición geográfica y topo gráfica, lo mismo que por su clima y sus bellezas naturales, sumado todo al esfuerzo de sus moradores, tiene asegurado el progreso efectivo que para muchas ciudades de Colombia reserva el porvenir».

En estos términos una acertada pluma trazó en época reciente el cuadro de Cartago, una de las mejores del occidente del país y del Departamento del Valle, en cuya descripción geográfica venimos ocupándonos.

* * *

Para que apreciemos hoy el crecimiento de algunos lugares de Colombia, desde el punto de vista de su contenido político, humano y mercantil, leamos con atención lo que escribió Don Felipe Pérez sobre Buenaventura, en 1862: «Esta villa es de reciente fundación, no siendo antes más que refugio de

algunos pescadores. No fue sino hasta el año de 1821, época de la guerra de la independencia, que se pensó en fortificar una altura que domina el actual pueblo para proteger el fondeadero y la boca del Dagua; y por esta razón se empezó a desmontar la selva que cubría una parte de la isla hacia el puerto, el cual se comenzó a formar seriamente, tanto que ya en 1826 fue declarado franco. La villa domina casi toda la bahía, extendiéndose su vista hacia la boca del Dagua y caños de Guineo».

Y continúa Don Felipe Pérez diciendo a propósito de Buenaventura en su estructura de hace cien años: «A fines del año de 1539 el licenciado Pascual de Andagoya descubrió la bahía de La Cruz o de San Buenaventura, siendo el primer español que remontó el Dagua y vino al valle del Salado y a Cali. Después de esto Buenaventura sirvió por algún tiempo de puerto a las expediciones aventureras que venían de Panamá con destino al interior de la Nueva Granada; pero sin tener nunca un establecimiento formal, y haciéndose frente a la boca del Dagua o en su embocadura misma, los embarques y desembarques de las personas y mercaderías de los buques grandes a las canoas. Tiene una aduana nacional; su puerto es muy bueno y admite toda clase de embarcaciones, las cuales pueden entrar y salir de él a cualquier hora sin peligro. La situación de la vida es en una isleta. Habitantes dos mil; metros sobre el mar (en la marea media) ocho; temperatura 27,5 grados.

La observación inmediata es harto elocuente -continuamos nosotros-; hoyes Buenaventura lugar importantísimo dentro de la economía nacional y en él concurren circunstancias de tan fuerte contenido que bien permiten predecirle un porvenir opulentísimo. Cuando la prosperidad general de Colombia se haga sentir con todo su peso -en tiempos futuros-a lo largo de las mejores regiones del océano Pacífico, entonces Buenaventura habrá cambiado las antiguas vestiduras humildes por la indumentaria magnífica de la época moderna. Los colombianos de hoy, mejor diremos los americanos, abrigamos alguna desconfianza a propósito de los lugares cuyo medio geográfico es áspero y duro; pero no debemos olvidar lo que significan el brazo potentísimo del hombre del siglo XX y la cuantía de sus siervos mecánicos.

* * *

Buga nació en tierra próspera a instancia de colonos acostumbrados a la blanda temperatura de las márgenes del Cauca, en una altitud de mil diez metros; el caserío recibió el nombre de Guadalajara según sabemos, y con él pasó a las primeras páginas de la historia colombiana; la fertilidad siempre alabada de su suelo atrajo aun a familias que de otra manera hubiesen escogido el virreinato del Perú como domicilio permanente. Es importante observar que el halago geográfico del Valle del Cauca, en toda su extensión, determinó la hechura de muchas de sus grandes poblaciones, pues a la sombra de

sus aleros obtuvieron tranquilidad y pan quienes de otro modo hubieran ido a buscar la protección de Lima, de Trujillo o de Arequipa, en el término final de jornadas fatigosas y amargas.

La ciudad vallecaucana de Buga es también uno de los núcleos de importancia geográfica e histórica del occidente de Colombia. Está situada a orillas del río Guadalajara y no lejos del curso del río Cauca, sobre una llanura de fértil condición y de atractivos paisajes, en donde las variadas especies de árboles corpulentos y de graciosas palmeras compiten con la multiplicidad de las flores humildes. Las sementeras de cacao de café de caña de azúcar y de todo aquel paraíso de plantas menores en que es tan pródigo el suelo colombiano, ponderan al lado de Buga el acucioso afán de los campesinos y la esencia potente de la tierra colocada a lo largo del Cauca y de las corrientes límpidas que lo buscan. El cacao, vegetal originario de América, es un árbol malváceo cuya presencia en algunas regiones del continente nuevo certificó igualmente a los colonizadores de él durante el siglo XVI la semejanza de ellas en cuanto a las posibilidades, y el equilibrio entre los recursos naturales y la subsistencia del hombre que debe dominarlos. El fruto del cacao es una baya voluminosa que contiene variable número de semillas, desde 25 hasta 40, cuyo sabor es agradable al paladar y cuyo aroma es apreciable y blando. Las semillas, una vez fermentadas y tostadas por los americanos (que enseñaron el procedimiento a los europeos), eran pulverizadas antes de ser mezcladas con agua, pero ignoramos en el momento con qué producto natural era esta endulzada, antes de la introducción del azúcar asiático.

Cuando hablemos acerca de la medida en que el cacao del Valle del Cauca favorece a la economía general de Colombia, veremos también esa misma proporción en lo tocante a la caña de azúcar y al café. La región de Buga aparece en el cuadro vasto de la potencialidad del Valle del Cauca llena de manifestaciones prósperas desde el claro punto de vista de la agricultura y la ganadería.

En el Valle del Chinche, «al pie del cerro llamado Pan de Azúcar», estuvo situada la aldea inicial de Buga; ella no fue mirada por los aborígenes con los ojos apacibles del peninsular deseoso de sosiego y de holgura. La hostilidad franca o pequeña, tantas veces registrada en los anales americanos, logró persuadir a los españoles de la conveniencia encerrada en el traslado del caserío. La nueva ciudad de Buga fue levantada «en la parte donde se estrecha el Valle del Cauca, a orillas del río Las Piedras, en la falda de las colinas que forman la base de la Cordillera Central, y en el camino principal que recorre todo el valle. Conocida generalmente entre los colombianos con el título de Ciudad Señora, Buga sigue siendo centro atractivo así para los estantes como para los habitantes. Pues hablamos acerca de la fisonomía de las ciudades colombianas nos será lícito decir que allí en donde el calor de los hogares forma el ambiente justo para la erección de otros nuevos, está la semilla de las grandes ciudades, se

encuentra el comienzo de las mayores poblaciones. Ante el imperativo geográfico y humano ceden los que se derivan artificialmente de cualquier otra manifestación de la voluntad de las gentes.

Circunstancias numerosas dieron a Buga singular importancia desde el punto mismo de su fundación, al lado de un río cuyo nombre indígena ignoramos pero cuya denominación española es exactamente la de una provincia española situada entre los distritos provinciales de Madrid, Segovia, Soria, Zaragoza y Cuenca. No cabe duda de que un hijo de la antigua y tradicional Guadalajara de España quiso recordar en el Valle del Cauca los lugares amados, tal como otro lo hizo en la parte continental de América alcanzada por Hernán Cortés en sus exploraciones audaces. La fijación de las primeras gentes españolas en los términos de Buga se hizo posible porque en ellos concurren circunstancias favorables y nada adversas. La presencia de los aborígenes daría lugar en los momentos iniciales de la conquista a las vigiliat atormentadas de los peninsulares, a los afanes provenientes del temor por la certidumbre de la asechanza. Las habitaciones rústicas de los naturales dijeron a los castellanos y andaluces de 1536 y años inmediatamente siguientes, la calidad de los recursos de todo género, porque si los aborígenes hubieran hallado contrarias a su conveniencia física las circunstancias del ambiente, en verdad que no los hubieran encontrado allí los enviados del imperio español. Atrajo a unos y otros el clima no malsano, aunque fuerte por cálido; la abundancia de las aguas buenas; la posibilidad inmediata de las huertas domésticas y de los frutos necesarios para el constante uso de la población; la concurrencia de los caminos trazados por la planta del hombre americano y granadino muchos años antes de la llegada de Belalcázar al occidente.

La bondad de las tierras de labor fue siempre condición buscada por los españoles en sus propósitos de colonización y permanencia, y de ello habían dado muestras repetidas en el suelo de la patria lejana, el cual (por lo demás), les había hecho sufridos y formado pacientes. Desde el instante en que los primeros pobladores de Buga y de tantas otras ciudades fuesen agricultores simples, ya se ve la concordancia entre sus aptitudes y el medio geográfico pasmoso y agradecido, En calidad de colonos vivieron allí los hombres apacibles que fueron traductores de los propósitos ciudadanos de Belalcázar. Las plantaciones de los naturales les alimentaron por la primera vez mientras llegó la hora de que los primeros bugueños sembraran con sus propias manos el tradicional alimento probado con apego desde la niñez azarosa. Cuando las cosechas ofrecieron mezclados el fruto americano más rancio y el europeo de mayor abolengo, entonces comprendieron a fondo los colonos la importancia del suelo nuevo.

Buga fue fundada en 1570 a una altura de 1.010 metros sobre el nivel marino. Su temperatura es de 24 grados, y su población de 51.000 habitantes en 1951. A propósito de su fecha natal es de

observarse que la fundación original, es decir, de los primeros días de Belalcázar y sus expediciones, no subsistió (por la presencia del reclamo aborígen), en tanto que la segunda prometió seguridades más eficaces. Finalmente, persuadidos los vecinos de que en un tercer sitio habrían de permanecer sin zozobras, trasladaron a ese punto (que es el actual), los hogares deseosos de subsistencia tranquila.

Como testimonio de la presencia de los religiosos interesados en difundir la ciencia cristiana en el distrito de Buga, es preciso recordar con agrado al Procurador de la Compañía de Jesús en Quito, el Padre Tomás Nieto Polo, porque de sus manos salió un colegio de raíces graves y de conformación sólida, Buga, agradecida siempre al varón ilustrado y maestro, guarda en su historia local el nombre excelente de quien vio por ella con afecto y diligencia perdurables.

* * *

Ansermanuevo fue fundación del español Lorenzo de Aldana, en distrito político gobernado por el cacique Anserma a una altura de mil cuarenta y cinco metros, en un clima de veinticuatro grados. La primitiva fundación estuvo situada en lugar un poco distante del conocido por los actuales hijos de la ciudad, y desde ella los peninsulares dispusieron de algunas seguridades para la subsistencia ciudadana de un lado, y para la exploración del territorio antioqueño del otro. Ansermanuevo fue nombrada por los conquistadores Santa Ana de los Caballeros, y constituyó por espacio considerable uno de los sitios mejor definidos por la influencia española de la Gobernación de Popayán. Ansermanuevo tenía mil seiscientos habitantes en 1862. En 1951 aparece con 20.000.

Ansermaviejo se encontraba no lejos de la vega del río Risaralda. La serie de fenómenos determinantes del traslado de los colonos hacia Ansermanuevo daría lugar a reflexiones interesantes sobre el pasado difícil de la población de Colombia. Para los estudiosos queda señalado ese punto de calidad singular.

